

OPERACION ORIENTE MEDIO

WASHINGTON. La relación directa que existe entre los esfuerzos —y triunfos— de la diplomacia norteamericana en el Oriente Medio y los esfuerzos —y triunfos— en la esfera de la alianza atlántica exige un análisis de la problemática norteamericana en ambos frentes durante estos últimos años.

El viaje del Presidente Nixon a Oriente Medio a mediados del mes de junio de 1974 y el realizado a Bruselas el día 26 de este mismo mes —tras la reunión ministerial de Ottawa— eran dos acontecimientos totalmente impensables hace tan sólo unos pocos meses. Estos dos viajes no se explican por cambios repentinos de postura, ni, en el caso del Oriente Medio, por el efecto de una propaganda masiva tanto más eficaz cuanto inculcadas son las masas árabes inducidas al histerismo colectivo. Los dos hechos presentan una clara relación entre sí, y son resultado de una larga preparación y de una serie de pasos y negociaciones.

Para una visión realista de los hechos aludidos y de sus relaciones íntimas habremos de recordar unos cuantos datos que, de puro obvios, tendemos a olvidar.

1) Uno de los problemas más agudos de la administración Nixon —y probablemente el que más ha preocupado a los miembros del ejecutivo no envueltos u obsesos en el asunto Watergate— es el de las tenencias en dólares de los Bancos centrales de los países industrializados, y especialmente de los que pertenecen a la Comunidad Europea. Esta masa de más de 120.000 millones de dólares, que constituyen a los referidos Bancos centrales europeos en acreedores del Federal Treasury, representa el déficit exterior norteamericano, ya crónico en balanza comercial y balanza de pagos.

2) En virtud del Gold Exchange Standard, y sobre todo del acuerdo de Bretton Woods de 1945, el Federal Reserve —o Banco central norteamericano— emerge en la práctica como Banco central mundial, emisor del único medio de pago o activo de reserva universalmente aceptado. Prácticamente desplazado el oro del sistema internacional de pagos, la demanda mundial de dólares tiende durante muchos años a igualar el volumen de liquidez requerido por el total de las transacciones de bienes, servicios y capitales que constituyen la economía mundial. Estados Unidos, haciendo funcionar furiosamente las prensas del Bureau of Engraving and Printing, se aprestan a facilitar, e incluso so-

brepasar, el volumen demandado. En las circunstancias de postguerra, al mundo no le queda más opción que suponer que el Federal Reserve se atenderá en su función emisora a los principios fiduciarios que rigen la creación de papel moneda.

3) Principalmente durante las guerras de Corea y Vietnam e incluso en 1974, el gobierno estadounidense acepta un nivel de gasto público que convierte los ejercicios en déficit en práctica presupuestaria casi ortodoxa. (En este mismo mes de junio de 1974, por ejemplo, Nixon ha decidido reducir el presupuesto nacional a 300.000 millones de dólares, de forma que el déficit descienda de los 11.000 millones previstos a simplemente 5.000 millones.) Durante los años del déficit se sabe, sin embargo, perfectamente a dónde se va.

4) La inflación que lógicamente habría de derivarse, durante los años 50 y 60, de esta creación de dinero muy por encima de la

recaudación tributaria y de la producción no bélica (1), se exporta a través de un tipo de cambio altamente favorable a las importaciones y a las inversiones exteriores. EE. UU. compra bienes, servicios, recursos naturales y propiedad industrial en todo el mundo. A cambio entrega su tecnología y el tan deseado papel moneda con el que los paí-

(1) Milton Friedman: «La fuente básica de la inflación es el crecimiento más rápido de la cantidad de dinero que de la producción. (...) La tasa de crecimiento del dinero excedió en 4,9 puntos la de la producción, equiparando, no por mera casualidad, la tasa de inflación en precios al consumidor (5,1 por 100). (...) Acojo, por tanto, con agrado el anuncio del Federal Reserve de su intención de reducir la tasa de crecimiento monetario. (...) La impresión generalizada de que el Federal Reserve ha iniciado una política restrictiva se basa en el error de juzgar la política monetaria en función de los tipos de interés, que el Federal Reserve no puede controlar más bien que en la cantidad de dinero que sí puede controlar». («Newsweek», junio 24, 1974, página 73.)

ses pueden comerciar con el gigante americano y entre sí. Mientras el nivel de vida del país aumenta sin cesar, la balanza de pagos, y pronto también la comercial, entra en déficit. Los Estados acreedores ven añadirse paulatinamente a los efectos de su propia política de crédito la presión inflacionista derivada de la compra indefinida de los dólares originados por el déficit de pagos norteamericano. Por otra parte, a través de la estructura deficitaria de la deuda exterior de los EE. UU. el mundo entero, y principalmente Europa y Japón, financia un tanto por ciento considerable del nivel de vida del ciudadano norteamericano. El país más rico y poderoso del mundo vive en parte a crédito, valiéndose de su enorme solvencia teórica.

5) Agotada hace tiempo la elasticidad del proletariado interno negro, EE. UU. adquiere un proletariado externo que le proporciona, al precio ventajosísi-



En un mundo subdesarrollado y superpoblado, los gobiernos aceptan gustosos la compra de trabajo barato por parte de las corporaciones internacionales con base en Wall Street. (En la foto, la Bolsa neoyorquina.)



Nixon con Sadat durante la gira que el Presidente norteamericano realizó por Oriente Medio.

Luis C. Benito-Cardenal

mo del mercado mundial, el insumo más caro del proceso productivo: el trabajo. En un mundo subdesarrollado y superpoblado, donde el desempleo es amenazador espectro, los gobiernos aceptan gustosos la compra de trabajo barato por parte de las corporaciones internacionales con base en Wall Street.

Gracias a las compras de recursos naturales y materias primas en estas condiciones altamente ventajosas, los stocks de materiales estratégicos para la guerra y la industria alcanzan en algunos casos hasta cuatro y cinco veces el volumen del consumo mundial anual. Siendo además el mayor comprador EE. UU. puede controlar fácilmente los precios de estos productos básicos en el mercado mundial. (El comprador fuerte —no el débil vendedor— podrá siempre retirarse del mercado cuando así le convenga.)

Un sistema de créditos fuertemente condicionados políticamente (y ansiosamente buscados por los países prestatarios), denominado Foreign Aid, sustituye al convencional presupuesto de los antiguos Ministerios de Colonias y configura la estructura internacional de lealtades.

Las ingentes reservas naturales del país en carbón, agua, madera, petróleo, aluminio, fosfatos, cobre, uranio, etc., completan el cuadro. En esta sociedad de la abundancia las dietas de adelgazamiento ascienden a la categoría de obsesión nacional; los que rehúsan desafiadamente a trabajar gozan de beneficios muy superiores a la renta «per cápita» de la mayoría de los países subdesarrollados. La sociedad se polariza en dos grupos: los que quieren perpetuar el sistema, incluso a costa de guerras lejanas, y los que quieren la paz, incluso mediante la elección de un presidente probablemente inepto. Caso único en la historia, un treinta por ciento de la población de la nación más rica y poderosa del mundo opta por Mc Govern en las elecciones presidenciales de 1972, aunque éste ofrece casi exclusivamente a sus compatriotas la oportunidad de una confesión nacional pública y el equivalente a una derrota militar.

Prácticamente independiente del Congreso y contando con la aprobación de los dos tercios de la población que quieren hegemonía mundial a cualquier precio, el Pentágono vela por la defensa armada de la «Pax Americana».

6) Para finales del decenio de los 60, las previsiones se han confirmado. Deudor y acreedores saben que la deuda es ya impagable. Denunciada insistentemente durante años en Francia y en casi

todas las capitales europeas, la declaración oficial de insolvencia se produce en julio de 1971. La supervaloración del dólar, hasta ahora empleada para exportar inflación (2) e importar masivamente, es denunciada patrióticamente por el Presidente Nixon ante el pueblo americano como la única causante del déficit comercial. En cuanto al exterior, y

(2) En este sentido es interesante constatar la declaración de Arthur Burns, chairman del Federal Reserve Board, en esta primavera de 1974 sobre la conveniencia de mantener el alza conseguida en la cotización del dólar «para así no importar inflación en otros países».

conforme lo previsto, el gobierno americano tiene el honor de participar a sus distinguidos acreedores que las tenencias de dólares de sus respectivos Bancos centrales quedan disminuidas en un tanto por ciento equivalente al de la devaluación del dólar. «Añadiendo insulto a la agresión», como dirá Gordon Teher en su columna del «Financial Times», EE. UU. ha decidido unilateralmente reducir su deuda externa en el tanto por ciento correspondiente a la devaluación oficial decidida en Washington.

Para los países acreedores, la situación superavitaria se vuelve tanto más irritante cuanto que

sus tenencias de dólares no pueden convertirse en oro (la inconvertibilidad de facto es muy anterior a la declaración oficial de esa misma fecha de julio de 1971); tampoco pueden ser redimidas contra las tenencias de sus propias monedas por los Estados Unidos, pues éstas, por definición de déficit exterior, no existen en volumen suficiente. Cobrarse en especie, por así decir, está fuera de la cuestión, pues ni EE. UU. podría soportar tal embestida a su economía, ni los acreedores podrían aceptar el impacto en su nivel de empleo que esta solución entrañaría. El «déficit sin lágrimas», según la expresión de Jacques Rueff, empieza a ser acogido por los gobiernos europeos con crecientes muestras de impaciencia. En estas circunstancias, los Bancos centrales europeos cesan de considerarse obligados a comprar indefinidamente dólares ofrecidos contra sus respectivas monedas. Al no poder convertirse en otras divisas, los dólares abonados en pago del déficit de EE. UU. se verterán sobre el mercado de cambios tendiendo a provocar sucesivas devaluaciones del dólar. Durante toda esta larga crisis (1970-1973, fase aguda), los Bancos centrales europeos, principalmente el Bundesbank, sostienen el valor del dólar mediante compras masivas del mismo, ante la pasividad casi total del país emisor. En un solo día, el Bundesbank llegaría a retirar de su mercado de cambios seis mil millones de dólares. Al día siguiente, cansado de sostener el valor de sus tenencias/dólar y tratar de evitar una revaluación del marco, deja de «achicar» dólares, decide interrumpir la intervención en el mercado de divisas y cierra sus ventanillas de cambio. Se ha llegado al punto de saturación. Horas más tarde, Washington, ni victorioso ni compungido, anuncia otra devaluación. Es el mes de marzo de 1973.

La tensión en Europa monta. La Comunidad Europea, orgullosa de su brillante trayectoria económica y con conciencia de acreedor no pagado, empieza a replantear las relaciones transatlánticas a todos los niveles. El «año de Europa», anunciado prematuramente por Nixon, y la «Carta Atlántica», tan soñada por Kissinger, caen en el vacío y son aplazados. No está el horno para tales bollos diplomáticos.

7) Con la nueva competitividad aportada por las sucesivas devaluaciones la balanza comercial estadounidense registra varios modestos superávits. Las exportaciones de productos agrícolas, en una coyuntura favorable en grado sumo por razones de climatología y de expansión de la demanda mundial, juegan un

OPERACION ORIENTE MEDIO

papel decisivo. El dólar recupera algo de la confianza tradicionalmente en él depositada y su cotización sube moderadamente. De todos modos, el déficit en balanza básica persiste todavía alarmante y la situación preocupa en Washington más que cualquier otro asunto de política interior. La presión sobre los EE. UU. en la Asamblea Anual de Gobernadores del Fondo Monetario Internacional, celebrada en Nairobi el mes de septiembre de 1973, es tremenda. Los efectos de la inflación mundial —exportada desde EE. UU. y reexportada por Europa— repercute fundamentalmente sobre las naciones más pobres del mundo. Schultz, en una fría llamada al realismo, logra boicotear todo intento de reforma del sistema monetario. Su argumento encierra un elemento irrefutable de verdad: reformar con la balanza de pagos americana todavía en déficit es como escayolar sin haber reducido la fractura. La reunión de Nairobi queda reducida a unos cuantos discursos.

Es claro que la situación no puede continuar. La tensión transatlántica se convierte en frialdad y luego en abierta tirantez. Son los últimos meses de Pompidou-Jobert. La guerra político-económica EE. UU.-Europa es tema de todos los días en la prensa. América está a punto de alienar peligrosamente a una Europa cada vez más fuerte y coherente. La NATO se cuartea. Durante la guerra de octubre de 1973 se niega autorización a los aviones americanos para que aterricen en las bases europeas durante su vuelo a Oriente Medio. Salvo alguna que otra manifestación calculadamente airada contra los europeos, Nixon baraja con paciencia, pues sabe que muy pronto la situación habrá cambiado radicalmente.

8) Mientras tanto, Henry Kissinger viaja y establece contactos. Del conflicto árabe-israelí resulta un embargo fantasma —del que sólo sufre Europa— y un alza de precio del petróleo. De pronto Europa se da cuenta que le han quitado el suelo de debajo de los pies.

Despreocupado del único problema político real de la región —los refugiados palestinos—, Kissinger ha centrado su juego de ofertas y amenazas en torno al petróleo. Este interesa a los Estados Unidos fundamentalmente por dos razones: en primer lugar, de la comercialización mundial del petróleo árabe y sus derivados (fertilizantes) la nación americana, a través de sus grandes compañías distribuidoras, obtiene ingentes beneficios; en segundo lugar, el país tendrá pronto que recurrir a importaciones de ese mismo petróleo para cubrir hasta un 30-40 por 100 de su consumo en tanto que la política de autosuficiencia energética se con-

vierte en realidad. Kissinger viaja con sus muestrarios de armas, tecnología y soluciones honrosas para los países que combaten en nombre de las grandes potencias. Al fin, Rusia queda desplazada de la región. La salida de los rusos de Egipto en 1973 queda ahora integrada en una serie de movimientos envolventes. Nixon puede ya ir a Oriente Medio «en gran señor».

De la operación Oriente Medio se siguen dos efectos:

a) Los países menos desarrollados se enfrentan con un panorama de hambre ante el encarecimiento de la energía y los fertilizantes. Estos países necesitarán financiamiento exterior en condiciones concesionarias, obtenible —no en Rusia, ciertamente, que se encuentra en estos mismos meses negociando créditos de los EE. UU.—, sino de los canales occidentales de financiación internacional, a través de los cuales los países productores de petróleo están dispuestos a «reciclar» parte de sus beneficios. Los países receptores de este financiamiento serán otros tantos países sustraídos a la esfera de influencia rusa y pasarán a engrosar, cada vez más endeudados, las filas de los dependientes en armas, tecnología y capital de los EE. UU.

b) Europa pasa de la unión creciente al desconcierto y a la dispersión. La subida del petróleo es como una piedra lanzada en medio de una bandada de palomas. Europa constata que, si quiere seguir recibiendo petróleo, sus reservas y tenencias de dólares desaparecerán en los pozos de Aramco para reaparecer en Wall Street. El camino de vuelta a la plaza de Nueva York es doble: o la simple repatriación de utilidades por parte de las distribuidoras petroleras, o la colocación de capitales árabes en EE. UU. Ante el pasmo y consternación de los europeos, hasta los dólares árabes en Suiza inician la travesía del Atlántico.

Los dólares que salieron del Bureau of Engraving and Printing vuelven a él; si están muy viejos, después de tanto viaje, son destrozados en la máquina desgarradora al efecto. En lugar de los viejos y sucios se imprimen otros nuevos y limpios.

Europa fuerza una sonrisa y se declara dispuesta a la avenencia. En Ottawa, a mediados del mes de junio de 1974, se da a luz —por fin— una nueva declaración atlántica. Nixon se apresura a cursar invitaciones a los Jefes de los Estados miembros de la alianza. En realidad es la Comunidad Económica Europea a quien invita. En las invitaciones se lee que el Presidente de los Estados Unidos de América tendrá mucho gusto en recibirles en Bruselas el 26 de junio de 1974. ■
L. C. B.-C.

La Capilla siXtina

EL DESTAPE

La actriz televisiva Fiorella Faltoyano ha declarado a "Fotogramas": "Aquí tienen obsesión por el destape. El que esté bien o esté mal no importa con tal de que enseñe el muslo". En la página de al lado, la señora Faltoyano demuestra que tiene un muslo inmejorable y que en su caso el destape está justificado. Esto me ha dado pie para una desarmada reflexión sobre el destape. Desde hace unos ocho años nació esta moda que inició Carmen Sevilla, y por cierto, desde las páginas de TRIUNFO, lo que costó un pequeño disgusto administrativo. Destapes masculinos en España los ha habido siempre: desde el bíceps de Alfredo Mayo en los años imperiales al tórax obsesivo de Paul Newman en La gata sobre el tejado de cinc caliente. Por cierto, Paul Newman era uno de esos actores que se quitaban la camiseta viniera o no a cuento, porque en el contrato debía figurar un numerito de exhibición de músculos y musculillos, que de todo había.

Lo del destape femenino siempre ha sido mucho más relativo, lo que en dimensiones lingüísticas españolas quiere decir que casi no ha sido. Nuestro lenguaje está ya preparado para todo. Es uno de los lenguajes más dúciles del mundo, y la palabra destape, aplicada a desnudos femeninos, nunca ha querido decir realmente destape. Apenas si ha significado una espalda penumbrosa de la Gadé, las corvas de Carmen Sevilla y algún que otro sobaco y aledaños en un rincón de encuadre. No es un azar que el destape llegara con la segunda apertura, para seguir la cronología de aperturas instaurada o reinstaurada por don Ricardo de la Cierva. Junto a Salario, precio y ganancia del buenazo y victoriano Carlos Marx, salió al caso hispánico el piernamen de alguna floklórica dispuesta a demostrar que el tiempo había pa-

sado en balde. Desde entonces siempre he pensado que cualquier escalada de uno u otro destape llevaba su par por regla histórica. Por eso cuando con motivo de la Fiesta del Libro vi en los escaparates un librito filosófico de Mao y poco después alguna cosa de Lenin, pensé: "A ver qué nos enseñan ahora la raza femenina del país". Y exactamente. Con Mao y Lenin llegaron los escotes de Rocio Jurado y el sentimiento cármico de la vida de Rosa Morena.

Yo pensaba: ¿Será posible? ¿Por fin sobrevolamos las ruinas de nuestros reprimidos pudores? Luego alguien ha dicho que nuestra sociedad no está preparada. Maldita sea. En este país, en cuanto alguien se ha hecho alguna ilusión evolutiva ha salido el sociólogo de turno diciendo que la sociedad no estaba preparada. Las voces de los sociólogos del retape se oyen con insistencia y con impunidad, por eso me temo que vamos hacia el retape si la sociedad no demuestra que está preparada para el destape.

—¿Y cómo demuestra una sociedad que está preparada para el destape?

Yo creo que destapándose. Pronto y rápido. Sobre todo antes de que lleguen los sociólogos a pedir explicaciones.

—Oiga. Usted se ha destapado.

—Sí señor. Y ése. Y aquél. Y aquélla.

—Pues la sociedad no está preparada para el destape. Así que cúbrase.

—Pues preparada no estará, pero está tan destapada que no hay quien la tape.

—¿Y qué hago yo ahora? ¿Me quedo sin empleo? ¿Qué vamos a hacer los curanderos de la sociedad española?

—No sean tozudos. ¿Qué tal está usted de muslos?

—Bien.

—Pues imite a la señora Faltoyano. Destátese. ■

SIXTO CAMARA